

CATEQUESIS OCTAVA A LOS ILUMINANDOS

Providencia y omnipotencia de Dios

Sobre las palabras: “Dios grande y fuerte es el Señor; grande en el consejo y poderoso en obras, Omnipotente, Señor de nombre grande.” (Ierem., XXXII, 18, 19.)

1. Creyendo en un solo Dios, arma que usamos contra los gentiles y contra el poder de los herejes, cortando de raíz el error del politeísmo, y añadiendo *un solo Dios Padre*, vamos contra los judíos, que niegan al Hijo Unigénito de Dios. Como decía ayer, aun antes de desarrollar lo que hay que decir sobre Jesucristo Nuestro Señor, con sólo decir *Padre* indicábamos que era Padre del Hijo. De modo que, al pensar que es Dios, pensamos juntamente que tiene un Hijo. A esto añadimos que es Todopoderoso, lo cual va contra los judíos y los herejes.

2. Algunos gentiles dijeron que Dios era el alma del mundo; otros, que su poder se extiende solamente al cielo, no a la tierra, y otros, llevados del mismo error, e interpretando malamente aquel pasaje que dice: “La verdad de El hasta las nubes”, se atrevieron a circunscribir la providencia de Dios a las nubes, y decir que Dios no tenía que ver nada con la tierra, olvidando lo que dice el salmista: “Si subiere al cielo, allí estás; si bajare al infierno, estás presente”. Porque si el cielo es lo más alto de todo y el infierno está más bajo que la tierra, el que manda en lo más bajo ha de llegar también a la tierra.

3. Los herejes, como antes dijimos, no llegaron a conocer a

un Dios omnipotente. Pues omnipotente significa el que lo domina todo y todo lo tiene sujeto a su poder. Según lo cual, los que dicen que el Señor del alma es uno y el del cuerpo otro, a ninguno de los dos hacen perfecto; pues a entrambos les falta algo. Porque el que tiene poder sobre el alma y no sobre el cuerpo, ¿cómo puede ser omnipotente? Y el que tiene dominio sobre el cuerpo, pero no sobre las almas, ¿cómo es omnipotente? El mismo Señor les confunde cuando dice: “Temed más bien a Aquel que puede echar el alma y el cuerpo al infierno”. Porque si no tuviera poder sobre ambos, ¿cómo podría el Padre de Nuestro Señor Jesucristo someter a los dos a los tormentos? ¿Cómo podría apoderarse del cuerpo contrario o ajeno a su poder y echarle al infierno, si antes no atara al poderoso y le arrebatara sus dardos?

4. Mas la Escritura Divina y la doctrina verdadera reconocen a un solo Dios que tiene sometidas a El todas las cosas, y a muchos les tolera porque quiere. Tiene poder sobre los ídólatras, pero los sufre por su paciencia; tiene poder sobre los herejes que le rechazan, pero los sufre por su benignidad; tiene poder sobre el mismo diablo, pero le soporta por su gran bondad, no porque no pueda sujetarle, sino como vencido. El diablo es el principio de las obras de Dios, hecho para ser burlado, no por El (ya que esto es indigno), sino por los ángeles criados por El. Le permite vivir por dos motivos: primero, para que, vencido, se avergüence mucho más, y, después, para que los hombres sean coronados. ¡Oh, providencia de Dios, verdaderamente llena de sabiduría! Esa perversa voluntad la toma como medio de salvación para los fieles. Como se valió de la voluntad hostil de los enemigos de José para su propio servicio, y, permitiéndoles que vendieran por odio al hermano, tomó de ello ocasión para hacer que reinara el que El quería, así permite al demonio luchar, para que los hombres sean coronados, y, conseguida la victoria, el demonio se avergüence de verse vencido por quienes son inferiores a él, y los hombres, triunfando del que un día fue arcángel, queden más ennoblecidos.

5. El poder de Dios por nadie puede ser agotado, pues dice la Sagrada Escritura que “todas las cosas son siervas tuyas”. Todas las cosas son siervas tuyas, menos su Hijo Unigénito y su único Espíritu Santo, que están sobre todas las cosas. Y todas las cosas, como siervas de Dios, le sirven por medio del Hijo en el Espíritu Santo. Dios tiene dominio sobre todo y tolera a los homicidas,

ladrones y fornicadores por su magnanimidad, aunque tiene determinado el día en que ha de retribuir a cada uno según sus obras, para que si, los que saben esto mucho tiempo antes, conservan su corazón impenitente, sean castigados más y más. Los que imperan sobre los hombres son reyes de la tierra, aunque no sin recibir el poder de arriba, lo cual supo por experiencia Nabucodonosor y dijo: “Su reino, reino eterno, y su poder, de generación en generación”.

6. El oro, la plata y las riquezas no son del diablo, como piensan algunos. “Del fiel es todo el mundo de las riquezas; pero del infiel, nada”. Ahora bien, nadie más infiel que el demonio. Esto lo declara bien el Señor por medio del profeta: “Mío es el oro y mía la plata, y a quien quiero se lo doy”. Tú usa bien de las riquezas y éstas no serán para ti ocasión de pecado ni de condenación. Si usas mal de lo bueno, echas impíamente la culpa sobre el Señor, a pesar de que no quieras que tu administración sea culpable. Uno puede salvarse con las riquezas. El Señor dice: “Tuve hambre y me disteis de comer, tuve necesidad de vestirme y me cubristeis, ¿cómo, pues, pudo ser esto, si es por medio de las riquezas? ¿Queréis saber que las riquezas pueden ser la puerta del cielo? “Vende lo que tienes, dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos”.

7. Todo esto lo he dicho por causa de los herejes que anatematizan la propiedad, las riquezas y los cuerpos. Pues yo no quiero que seáis siervos de las riquezas, ni que miréis como enemigas las cosas que Dios os ha dado para su servicio. Y aunque el diablo diga: Te daré todas estas cosas que a mí se me dieron, no digáis que las riquezas son del diablo. Cualquiera puede rechazar su parecer con decirle que no hay que creer a la mentira. Y tal vez dijo la verdad obligado por el que tenía presente, pues no dijo: Todo esto te daré porque es mío, sino porque a mí se me ha dado..., no se usurpó el dominio, sino confesó que se le había dado solamente la administración. Los expositores verán si dice la verdad o engaña.

8. Aunque muchos herejes se hayan atrevido a decir lo contrario, es cierto que no hay más que un Dios Padre Todopoderoso; y aunque ellos han injuriado al Dios de Sabaot, que está sentado sobre los querubines, y se hayan atrevido a blasfemar de Adonái, y del Dios omnipotente anunciado por los profetas, vo-

sotros adorad a Dios todopoderoso, Padre de Nuestro Señor Jesucristo. Huid del politeísmo, rechazad las herejías, y decid con Job: Invocaré al Señor omnipotente que hace maravillas, y cosas investigables y gloriosas que no tienen número”. Y aquello otro de: “Por todas estas cosas recibiréis honor del Omnipotente”. A El sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

CATEQUESIS NONA A LOS ILUMINANDOS

Dios creador del cielo y de la tierra

Sobre las palabras: “¿Quién es ese que me oculta sus planes, y contiene las palabras en el corazón, y cree que se esconde de mí? (Job., XXXVIII, 2.)

1. El ver a Dios con los ojos de la carne ciertamente es imposible; pues todo lo que es incorpóreo está fuera del ámbito de los ojos naturales, como ya lo tiene dicho en el Evangelio el Unigénito Hijo de Dios: “Nadie a Dios le ha visto nunca”. Y si alguno piensa, por aquello que dice Ezequiel, de que ese profeta llegó a ver a Dios, oiga bien lo que dice la Escritura: “Vio la semejanza de la gloria del Señor”; no al mismo Señor, sino la semejanza de su gloria, y no la misma gloria tal y como es en sí. Mas solamente con ver la semejanza de la gloria, añade el sagrado Texto que cayó derribado a tierra por el miedo que le entró. Pues si sólo con ver la semejanza de la gloria, se llenaban de espanto los Profetas, si alguno llegara a ver al mismo Dios, perdería la vida según aquello que está escrito: “Nadie que vea mi rostro vivirá”. Por este motivo Dios ha ocultado como con un velo el cielo de su divinidad para que no penciésemos. Y esto que acabo de decir no es mío, sino del profeta, que dice: “Si mostrases tus cielos, el temblor sobrecogería a los montes y se liquidarían”. Por lo cual, ¿qué de extraño tiene que al ver Ezequiel la semejanza de su gloria cayese en tierra?; y tanto más que Daniel, cuando vio a Gabriel, siervo de Dios, se asustó sobremanera, y también cayó su frente, no atre-

viéndose a responderle nada hasta que el ángel se transformó en figura de hombre. Pues si la vista del ángel Gabriel infundía temor en los profetas, si se hiciese visible Dios tal cual es, ¿no quedarían muertos cuantos le viesen?

2. No nos está permitido el ver con nuestros ojos corporales la divina naturaleza, mas por sus obras podemos rastrear algo de su poder, según lo que dice Salomón: “Por la grandeza y hermosura de las criaturas es conocido en cierta medida el Creador de las mismas”; y fijarse que no dice solamente que es conocido el Creador por las criaturas, sino que añade, *en cierta medida*. Pues a cada cual tanto mayor se aparece Dios, cuanto mayor sea la contemplación de las criaturas que el hombre haya conseguido; y cuanto más sublime sea la contemplación del alma, mejor conocimiento e idea se formará de Dios.

3. ¿Quieres tú conocer que la naturaleza de Dios no puede ser comprendida plenamente? Aquellos tres niños que en medio del fuego del horno cantaban las alabanzas de Dios decían: “Bendito eres tú que sentado sobre los Querubines miras a los abismos”. Pues dime ahora, te ruego, cuál es la naturaleza de los Querubines; y después considera cuál será la de aquel que se asienta sobre ellos. Porque el profeta Ezequiel haciendo la descripción de ellos, como podía hacerse, se expresó de este modo. Cuatro caras tenía cada uno: la primera, de hombre; la segunda, de león; la tercera, de águila, y la cuarta, de becerro; y cada una tenía seis alas, y ojos por todas partes; y bajo de cada uno de ellos tenían una rueda dividida en cuatro partes. Pues leyendo esta descripción del profeta bien poco es lo que podemos imaginarnos; pues si no podemos comprender este trono que nos ha descrito, ¿cómo podremos comprender todo a un Dios que es invisible e inefable? Concluyamos, pues, que nuestra naturaleza humana no puede conocer íntimamente a Dios, y solamente por las criaturas que vemos de él, le podemos tributar alabanzas y honor.

4. Esto que ahora decimos es para seguir el orden del Símbolo, y añadimos: “Creemos en un Dios, Padre omnipotente, creador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles e invisibles”, para recordarnos que ese mismo Dios es el Padre de nuestro Señor Jesucristo, y el mismo el que hizo el cielo y la tierra, y para defendernos contra las asechanzas de los herejes que se han atre-

vido a hablar mal del sapientísimo Creador de este mundo; los cuales sólo ven por los ojos del cuerpo, pero no discurren con los de la mente.

5. ¿Pues qué es lo que tienen que criticar de esta gran obra de Dios? Ellos son los que a vista de esa inmensa concavidad de los cielos debieran quedarse estupefactos, y adorar al que nos ha hecho el firmamento como una bóveda, y al que de una sustancia fluida y líquida ha sabido formar un cielo fijo e inquebrantable. Pues dijo Dios: “Hágase el firmamento en medio del agua”. Lo dijo una vez y está firme y sin caerse. El cielo es agua, mas esas esferas de fuego que están fijas en él, como son el sol, la luna y los demás astros, ¿cómo están flotando en el agua siendo su naturaleza de fuego? (1).

Y si alguno de vosotros duda de que las dos naturalezas del agua y del fuego no pueden conciliarse, sino que son contrarias, acuérdesese de aquel fuego que en tiempo de Moisés en Egipto, ardía en forma de granizo, y considere la gran sabiduría de Dios al disponer así la creación.

Pues como la tierra habría de necesitar del agua para ser cultivada, le preparó en lo alto un cielo líquido, para que cuando necesitase del riego de la lluvia, el cielo por su naturaleza estuviese pronto y preparado para ello.

6. Mas si esto causa admiración, ¿qué será considerar la estupenda fábrica del sol? Pues con sólo aparentar un globo de mediano grandor, es sin embargo una gran mole que aparece por el oriente, y lanza sus rayos hasta el occidente; cuya aparición de mañana, la describe el salmista diciendo: “Es parecido a un esposo cuando sale de su tálamo nupcial”; y éste es el aspecto gracioso y templado que el profeta admiraba en el momento que este astro disipa las tinieblas de la noche y comienza a dar luz a los hombres. Porque cuando ya ha llegado al medio de su carrera, muchas veces huimos de él por el gran calor; en cambio, en su salida, a todos agrada, como cuando aparece el esposo.

Ahora considera su apta disposición (aunque esto no se debe a él, sino más bien a Aquel que con su mandato le ha fijado su carrera), cómo en el estío llegado al cénit hace los días más largos para dar facilidad al hombre en sus trabajos; mas en invierno acorta la carrera para que sea más corto también el tiempo del frío, y las noches sean más largas a fin de que el hombre descanse

y la tierra se prepare para dar mayores frutos. Mira también cómo los días se suceden con un orden maravilloso; porque en el verano se alargan y se acortan en el invierno, procurando en el otoño hacerse iguales las noches y los días; de tal modo que el Salmista llegó a decir: “El día da al día la palabra de orden, y la noche revela a la noche su ciencia”. Y los dos no cesan de clamar a los herejes que parecen no tener oídos, y predicarles con su orden maravilloso, que no existe otro Dios que creó y ordenó todas las cosas.

7. Nadie haga caso de lo que dicen algunos, de que uno es el Creador de la luz y otro el de las tinieblas; pues acuérdense de lo que dice el Profeta: “Yo soy el que hice la luz y las tinieblas”. ¿Qué tienes que oponer a esto, oh hombre? ¿Por qué te molesta el tiempo que se te ha concedido para el descanso? El siervo no podría conseguir ningún descanso en sus trabajos, si las tinieblas no se lo trajesen por necesidad. Además, cuando estamos rendidos por el trabajo del día, por la noche parece como que nos renovamos; y así el que estuvo trabajando durante todo el día, a la mañana siguiente se levanta contento y robusto por el descanso de la noche.

¿Y qué otros momentos son más propicios para la sabiduría que los de la noche? En ella muchas veces pensamos en lo que a Dios se refiere, y nos dedicamos a la lectura de las divinas palabras y a la contemplación. Durante la noche es cuando con más atención se cantan los salmos, o hacemos nuestra oración, y cuando más veces nos recordamos de nuestros pecados. Por lo tanto no admitamos malamente como autor de las tinieblas a otro distinto de Dios, pues vemos por experiencia que ellas son también buenas y utilísimas.

8. Y convenía que esos herejes no solamente admirasen la grandeza de la luna y del sol, sino también la de los juegos ordenadísimos de las estrellas con sus carreras libres, pero sin turbarse, y sus salidas a tiempo de cada una de ellas. Y cómo sirven de señales unas en verano y otras en invierno; cómo unas indican el tiempo de sembrar, y otras el principio de la navegación; y cómo el hombre puede dirigir la nave estando sentado en ella y navegando con tan grandes olas, con sólo mirar a las estrellas. De todo esto ya dijo hermosamente la Escritura: “Y sirvan para signos y para fijar los tiempos y los años”; y no para las fábulas de la astrología.

Y es digno de consideración también, cómo Dios nos va dando la luz del día poco a poco; porque no vemos que el sol salga de repente, sino que lanza primero un poco de luz para que nuestras pupilas se vayan preparando a recibir la mayor fuerza de los rayos. Y también es de considerar, cómo en la noche mitiga las tinieblas con la pequeña ayuda de las estrellas.

9. ¿Quién es el padre de la lluvia? ¿Quién engendra las gotas del rocío? ¿Quién estruja el vapor condensado en las nubes, y manda a la lluvia estar pendiente sobre nuestras cabezas? ¿Quién ordena a los vientos que las lleven sobre sus alas, y al Aquilón, que las traiga a veces con color de oro, dándolas ahora una forma, ahora otra, dividiéndolas de repente en una variedad prodigiosa de círculos y de figuras? ¿Quién es el que puede con su sabiduría contar las nubes? Por esto sedice en Job: “El sabe distinguir las nubes”; inclinó el cielo hacia la tierra. Contó las nubes con su sabiduría, y no se le ocultó ninguna nube”. Gran cantidad de agua está concentrada en las nubes y a pesar de eso no se rompen, sino que cae a la tierra con perfecto orden.

¿Y quién es el que produce y saca los vientos de sus tesoros? ¿Quién produce el rocío y el hielo?, porque la sustancia del hielo es acuosa, y sus cualidades son como las de la piedra. Y a veces el agua se convierte en nieve, como lana; y otras se somete a la voluntad de aquél que espase la niebla como la ceniza; a veces se convierte en sustancia lapídea, y, finalmente, Dios moldea y gobierna al agua como le place. Además, la naturaleza del agua es una, pero sus efectos son de muy diferentes clases. Porque vemos que de la vid es el vino que alegra el corazón del hombre; de las olivas, el aceite que suaviza y abrillanta el rostro humano; a veces se convierte en pan que sirve de sustento al cuerpo, y, por fin, se convierte en toda clase de frutos.

10. Por todo esto, ¿qué es lo que se debe hacer? ¿Se le ha de injuriar al Hacedor de todas las cosas, o más bien se le ha de adorar? Pues ahora pasemos a ver las maravillas de su sabiduría: yo quisiera que contemplaras la primavera con toda clase de flores, que se parecen todas y todas son distintas; que examinaras el color rojizo de la rosa y la gran blancura del lirio. Pues, a pesar de haber nacido todas de la misma lluvia y de la misma tierra, ¿quién las ha fabricado y hecho a todas diferentes? Quisiera que vieras también la maravillosa industria del artífice; cómo la misma sus-

tancia, de los árboles sirve en unos para dar sombra y en otros para producir diversos frutos; en la vid, cómo una parte es para quemar, otra para reproducirse, otra para follaje, otra para horquillas de sostén y, finalmente, otra para racimos. Examinad la delgadez de la caña defendida por los fuertes anillos de los nudos que le puso el artífice. De la misma tierra se ven salir las serpientes, los animales, las fieras, los árboles, los frutos, el oro, la plata, el bronce, el hierro y la piedra. Una es la naturaleza del agua y de ella provienen los peces que nadan, y las aves que vuelan por los aires.

11. *Aquí el ancho mar y allí los reptiles que son incontables.* ¿Quién será capaz de describir la hermosura de los peces que viven en el mar? La magnitud de los cetáceos, y las cualidades de los anfibios, que lo mismo habitan en el agua que en la tierra? ¿Quién podrá medir la anchura y profundidad del mar y contener el ímpetu inmenso de las olas? Mas, por otra parte, el mar no pasa los límites, prefijados por aquél que dijo: “Hasta aquí vendrás y de aquí no pasarás, sino que tus olas se desharán en ti mismo”. Y, en efecto, las olas, al retirarse, muestran bien las órdenes que tienen impuestas al dejar en la playa una línea visible, como dando a entender a cuantos lo contemplan que ciertamente no han de traspasar la línea marcada.

12. ¿Y quién podrá darse cuenta perfecta de la naturaleza de los pájaros que vuelan? Porque unos están dotados de una lengua dispuesta para cantar; otros llevan en sus plumas la variedad de todo género de pinturas; otros, como el milano, volando muy alto, se quedan inmóviles en medio del aire; pues dice la Escritura: “Que el milano se queda inmóvil, con las alas extendidas, mirando a las partes australes del mundo”. ¿Quién puede mirar al águila cuando levanta su vuelo a lo más alto? Pues si no podemos seguir más que con el pensamiento a las aves, que carecen de razón, cuando se remontan a lo alto, ¿cómo podremos comprender al Creador de todas las cosas?

13. ¿Quién de los hombres será capaz de saber, aunque no sea más que en el nombre de todas las fieras, o conocer la naturaleza y cualidades de las mismas? Pues si no conocemos ni el nombre de los animales, ¿cómo vamos a comprender al Autor de ellos? Dios no hizo más que dar una sola orden cuando dijo: “Produzca la tierra las fieras, y los jumentos y los reptiles según su especie”; y al punto salieron de una sola fuente multitud de distin-

tos animales; la mansa oveja, el león carnívoro, la astuta zorra, que representa la perfidia de los hombres; la serpiente, que es imagen de los amigos que hieren con dardos venenosos, y el caballo relinchador, que figura al joven presumido y lujurioso; la hacendosa hormiga, que da ejemplo para estimular al negligente y perezoso, y que cuando uno lleva una muerta y ociosa juventud, es enseñado por estos animales que carecen de razón, y corregido por la Escritura, que dice: “Vete a la hormiga, oh perezoso, e imita su ejemplo siendo más prudente que ella”. Pues cuando veas que ella recoge y guarda su alimento con el tiempo oportuno, imítala y recoge tú también los frutos de las buenas obras para la vida futura. Y otra vez dice la Escritura: “Vete a la abeja, y mira cuán trabajadora es; cómo recorriendo las flores de todas clases, elabora la miel para tu utilidad, y para que tú, repasando las divinas Escrituras, alcances tu salvación, y saciado con ellas digas: “¡Cuán dulces son tus palabras para mis labios; son más dulces que el panal de miel!”

14. Con todo esto, ¿no será el Creador digno de toda alabanza? O es que porque tú no conozcas la naturaleza de todas las cosas, ¿acaso son inútiles muchas de las que han sido creadas? ¿Podrías tú conocer la virtud de todas las plantas y toda la utilidad que se puede tener de los animales? Porque aun de las mismas víboras venenosas se han sacado medicinas para la salud de los hombres. Pero me dirás: la culebra es horrible, pues teme al Señor y no te dañará; el escorpión pica fuertemente, ten reverencia al Señor y no te picará; el león es ávido de sangre, teme al Señor y como en otro tiempo a Daniel, vendrá a echarse a tus pies. Verdaderamente son admirables las cualidades de los animales, pues mientras unos tienen su fuerza en el aguijón, como el escorpión, otros la tienen en sus dientes, otros en las uñas, y otros, como el basilisco, en su mirada. Pues por la diversidad de la obra considera y entiende la grandeza del Artífice.

15. Y puede ser que todo esto que hemos dicho no te sea conocido, porque tú tienes poco de común con estos animales, por lo cual deberías entrar dentro de ti mismo y por tu misma naturaleza conocer al gran Artífice. ¿Qué es lo que encuentras en tu cuerpo que sea digno de represión? Reprímete a ti mismo y no será malo ninguno de tus miembros.

Al principio desnudos estaban Adán y Eva en el paraíso, y no

por sus miembros se hicieron dignos del oprobio y de la expulsión; porque los miembros no son causa del pecado, sino los que usan mal de esos miembros, pues éstos son obra de un gran Artífice. ¿Quién es el que ha preparado tal como es el útero de la mujer para la procreación? ¿Quién da vida en ese mismo seno al feto inanimado? ¿Quién nos ha entret Tejido con nervios y huesos, y nos ha rodeado de carne? y ¿quién ha hecho que el niño, nada más nacer, sepa exprimir la leche de los pechos de la madre? Y, ¿cómo el infante se convierte en niño, y el niño en joven, y el joven en varón, y éste, a su vez, se transforma en anciano sin que nadie se dé cuenta del momento en que se obran todos estos cambios? ¿Cómo el alimento, parte se transforma en sangre, parte en carne y lo demás en secreciones? ¿Quién ha dotado al corazón de ese continuo movimiento y quién ha defendido, por medio de los párpados la delicadeza de los ojos? Pues de su completa y admirable estructura, poco es lo que han dicho los médicos, con haber editado muchos libros sobre ellos. ¿Quién ha distribuido por todo el cuerpo esa única respiración? Mira, oh hombre, al Artífice y considera al sabio Creador.

16. Con esto ya hemos alargado bastante nuestro discurso y aun pasamos en silencio una multitud de fenómenos que no caen bajo nuestra percepción. Mas todo lo hemos dicho para excitar en vosotros un gran odio contra aquellos que injurian a tan buen y sabio Artífice; y para que con lo dicho y con lo que podáis leer y mediar por vuestra cuenta, por la grandeza y hermosura de las criaturas, podáis conocer en cierta manera al Creador; y doblando la rodilla ante el Creador de las cosas sensibles e inteligibles, visibles e invisibles, con agradecida e incesante lengua podáis cantar sus alabanzas, diciendo con el profeta: “¡Cuán admirables son, Señor, tus obras; todo lo has hecho con sabiduría!” Pues a Ti te es debida la gloria, el honor y la magnificencia ahora y por todos los siglos de los siglos. Amén.

NOTA

1. A muchos nos estraña lo poco que sabían los antiguos de astronomía; sin embargo, aun sabiendo tan poco, por la constitución del mundo sabían reconocer el poder infinito del Creador. ¿Pues cómo no nos sorprendemos más de que los sabios de hoy que con su ciencia han llegado a saber tantas cosas, y no obstante eso ignoran tanto sobre Dios? (Sab. 13, 1-9).

CATEQUESIS DECIMA A LOS ILUMINANDOS

De Jesucristo nuestro Señor

Sobre las palabras: “Porque, aunque hay algunos que se llaman dioses, ya en el cielo, ya en la tierra, sin embargo, para nosotros no hay más que un solo Dios Padre, de quien proceden todas las cosas y nosotros para El; y un solo Señor, Jesucristo, por quien han sido hechas todas las cosas, y nosotros por El... (I Corintios, VIII, 5, 6.)

1. Los que ya han sido enseñados a creer en un Dios Padre Omnipotente, deben también creer en el Hijo Unigénito. Pues el que niega al Hijo no reconoce al Padre. “Yo soy la puerta, dice Jesús, y nadie va al Padre sino por mí”. Si reniegas de esta puerta, estará también para ti cerrado el conocimiento que lleva al Padre. Pues nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo haya revelado. Ahora bien, si niegas al que lo puede revelar, quedarás sumergido en la ignorancia. Esto es sentencia del Evangelio, que dice: “El que no crea en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanecerá sobre él”. Así, pues, el Padre se indigna de ver que se le priva a su Hijo del honor. Porque grave cosa es que a un rey le insulte un soldado; pero si en vez de éste es uno de sus amigos o consejeros el que ofende, su indignación será mucho mayor; mas si el ofendido llegara a ser el hijo único del rey, ¿quién suplicará y calmará al rey ofendido por causa de su hijo?

2. Así, pues, si alguno quiere ser bueno para con Dios adore

al Hijo, pues de lo contrario el Padre no le admitirá sus ruegos. El Padre clamó desde el cielo diciendo: “Este es mi Hijo muy amado, en el cual me complazco”. Según esto, el Padre se complace en el Hijo; pues si no se complace en ti no conseguirás la vida eterna. Y no hagas caso de los judíos que impiamente confiesan y dicen que *uno es Dios y solo*, sino que con ese conocimiento de que existe un solo Dios debes admitir a su Unigénito Hijo. Porque esto no lo digo yo, sino que el mismo salmista en persona del Hijo dice: “Tú eres mi hijo”. Por lo tanto, no atiendas a lo que digan los judíos, sino a lo que hablan los profetas. Porque, ¿cómo no han de despreciar sus palabras los que llegaron hasta a apedrearlos y matarlos?

3. Tú crees en un Señor Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios. Y decimos en un Señor Jesucristo, para que veamos que solamente es uno el Hijo de Dios y para que el anunciar con muchos nombres su virtud, no creamos equivocadamente que son muchos los hijos. Porque primeramente es llamado *puerta*; mas no por eso creas que es una puerta de madera, sino racional, viva, y que puede darse cuenta de los que entran.

También es llamado *camino*; no porque se le pise con los pies, sino porque conduce al Padre celestial. Es llamado *oveja*; pero no irracional, sino porque con su preciosa sangre limpió al mundo de sus pecados; y porque puesta ante el esquilador, conoce cuándo conviene callar. Esa oveja, a veces es llamada *pastor*; pues se dice: *Yo soy el buen Pastor*; y entonces, es oveja por su naturaleza humana, y pastor por el amor de Dios hacia los hombres.

¿Quieres, pues, saber, que las ovejas son racionales? El Salvador dice a los Apóstoles: “He aquí que yo os envío como ovejas en medio de los lobos”. También es llamado *león*, pero no el que devora a los hombres, sino para demostrar la dignidad real de su naturaleza y la firmeza y plena confianza de su fuerza, y, además, para que se oponga al león enemigo que ruga y devora a los que se dejan engañar por el error. Pues el Salvador vino, no cambiando la mansedumbre de su naturaleza, sino trayendo la salvación a los creyentes, como un poderoso león de Judá, y pisoteando a su adversario. Igualmente es llamado *piedra*, no muerta ni sacada con las manos de los hombres, sino piedra angular en la que todo el que crea no será confundido.

4. Es llamado *Cristo*, no ungido por las manos de los hom-

bres, sino por el Padre, para que tuviese un sacerdocio eterno y superior a las cosas humanas.

Es llamado *muerto*, no como todos los demás, que permanecen en el sepulcro con los muertos, sino el único que permanece libre entre ellos.

Es llamado *Hijo del Hombre*, no porque haya nacido como cada uno de nosotros, de la tierra, sino porque ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

Es llamado *Señor*, no abusivamente, como hacen los que mandan entre los hombres, sino como quien tiene un poder natural y eterno.

Es llamado *Jesús*, con nombre propio, como indicando con él la medicina salvadora.

Es llamado *Hijo*, no por adopción, sino engendrado de un modo natural.

Y otros muchos son los nombres que se le han aplicado a nuestro Salvador; mas para que esta multitud de nombres no te haga creer que son muchos los hijos y para que no caigas en el error de los herejes, que dicen que uno es Cristo y otros Jesús, otros la puerta y así de los demás, te defiende el Símbolo de la fe recta, diciendo: *en Nuestro Señor Jesucristo*. Pues aunque los nombres sean muchos en número, uno es la cosa encerrada por todos ellos.

5. Y nuestro Salvador se multiplica para cada uno de nosotros, según nuestras necesidades. A quienes les hace falta alegría, se les convierte en viña; a los que necesitan entrar, puerta; para los que tienen que ofrecer preces y ofrendas, en mediador y Sumo Sacerdote; a los que cometen pecados, en oveja para ser sacrificado por ellos, y, finalmente, se hace todo para todos, permaneciendo lo que es. Pues permaneciendo su dignidad de Hijo completamente libre de cambio alguno, se abaja hasta nuestras enfermedades, como el mejor de los médicos y el más caritativo de los maestros, siendo Señor con toda la verdad de la palabra, y habiendo alcanzado esta dignidad por su naturaleza y no después de su encarnación y pasión. Por lo tanto, no es llamado Señor abusivamente como nosotros, sino que es Señor de verdad, ya que a una señal del Padre domina a sus criaturas. Mas nosotros ejercemos el derecho de dominio en los hombres que tienen el mismo honor que nosotros y que están sometidos a los mismos sufrimientos, y muchas veces mandamos sobre los mayores en edad,

como hace el amo joven sobre los criados ancianos. Mas en Nuestro Señor Jesucristo no es así la naturaleza de su dominio, sino que lo primero es Hacedor y después Señor; primeramente hace todo con la voluntad del Padre, y después domina sobre las cosas por sí hechas.

6. *Cristo Señor* es aquel que nació en la ciudad de David. ¿Quieres, pues, saber que Cristo es Señor, antes de su Encarnación, para que no sólo recibas por la fe lo que se te dice, sino que puedas comprobarlo con el Antiguo Testamento? Abre el primer libro, que es el Génesis, y verás lo que dice Dios: “Hagamos al hombre, no a mi semejanza, sino a nuestra semejanza”. Y después que fue hecho Adán, dice: “Y Dios hizo al hombre y le hizo a imagen de Dios”. Con las cuales palabras no sólo se refiere a la dignidad de la divinidad del Padre, sino que también está comprendido el Hijo; para que quede declarado que el hombre no es solamente obra de Dios, sino también de Nuestro Señor Jesucristo, que es verdadero Dios.

Y este mismo Señor que obra siempre con el Padre, obró también en Sodoma, según lo que dice la Escritura: “Y el Señor hizo caer fuego y azufre del cielo sobre Sodoma y Gomorra”. Y este mismo Señor fue el que se apareció a Moisés en cuanto éste le pudo ver, pues el Señor es suficientemente benigno para acomodarse indulgente a nuestras flaquezas.

7. Y para que conozcas que es el mismo que se apareció a Moisés, oye el testimonio de Pablo: “Bebían de la piedra espiritual que les seguía; y esta piedra era Cristo”. Y otra vez: “Por la fe dejó Moisés el Egipto”, y a continuación añade: “Pues estimaba en mayores riquezas el oprobio de Cristo que los tesoros de Egipto”. Moisés le dice a El: “Muéstrate a mí mismo”.

¿Ves, pues, cómo entonces los profetas veían a Cristo, cada cual en cuanto podía? “Muéstrate a mí mismo y te conoceré viéndote”. Mas El dice: “No hay nadie que vea mi cara y pueda vivir”. Y porque nadie podía ver el rostro de la divinidad sin morir, por eso precisamente tomó la cara de la humanidad, para que, tomándola, viviésemos. Mas cuando quiso dar a su rostro un poco de esplendor, el día que apareció brillante como el sol, los discípulos cayeron a tierra llenos de temor. Pues si los discípulos no pudieron soportar la claridad de su rostro corporal, que no presentaba todo el esplendor que El podía darle,

sino lo que los discípulos podían aguantar, ¿cómo podría ninguno de los hombres contemplar la misma dignidad de la divinidad? “Gran cosa es, oh Moisés, lo que pides, y apruebo tu insaciable deseo; mas te complaceré en ello, en cuanto puedas soportar. Yo te pondré en el agujero de una piedra, pues como eres pequeño podrás estar en poco espacio”.

8. Todo esto que voy a deciros, escuchadlo diligentemente, porque va con el fin de ponerlos en guardia contra los judíos.

Pues nuestro propósito es demostrar que Nuestro Señor Jesucristo está cerca del Padre. El Señor dice a Moisés: “Yo pasaré delante de ti con mi gloria, y haré brillar el nombre del Señor ante ti”. ¿Quién es ese Señor y a quién otro puede llamar Señor? Mira, pues, cómo aunque oscuramente, nos ha enseñado el dogma del Padre y del Hijo. De nuevo está escrito en lo que sigue: “El Señor bajó en una nube y se le hizo presente a Moisés, invocando de este modo el nombre del Señor; y en el momento de pasar delante de él, le invocó: Señor, Dios de misericordia, de clemencia y de bondad; que aguardas la justicia y usas mil veces de tu misericordia, borrando nuestras iniquidades y pecados”. Después postrándose Moisés delante de Dios, en la persona del Señor que invocaba al Padre, dice: “Venid, Señor, y marchad con nosotros”.

9. Aquí tienes esta primera demostración. Pues he aquí otra no menos evidente: “Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra”. Y esto lo dice el Señor a un Señor, no a un esclavo; luego tiene que ser el Señor de todas las cosas, o sea, a su Hijo, a quien todo se lo ha sometido. Porque, como dice el Apóstol: “Ya que todo ha sido puesto bajo su poder, es preciso necesariamente exceptuar a aquél que le puso todo bajo sus pies..., a fin de que Dios sea todo en todo”.

Así, pues, el Hijo Unigénito es el Señor supremo de todo cuanto existe; él es Hijo del Padre, sumiso y fiel, que no ha usurpado la soberanía, sino que la ha recibido natural y espontáneamente; pues el Hijo no le roba al Padre, ni éste siente envidia de la entrega del dominio al Hijo/ Dícese en el Evangelio: “Todo me ha sido entregado por mi Padre, y esto me ha sido entregado, no como si antes no lo tuviese, porque siempre lo he tenido, sino que lo guardo bien, no privándole de ello al que me lo dio”.

10. El Hijo de Dios es, pues, *Señor*, según las palabras que el ángel dijo a los pastores en Belén de Judá: “Os doy la noticia de

una gran alegría, y es que hoy ha nacido el Cristo Señor en la ciudad de David". Acerca del cual dice también otro de los apóstoles: "La palabra que envió a los hijos de Israel evangelizándoles la paz por medio de Cristo que es el Señor de todo". Y al decir *de todo* no le excluye ni a los ángeles, ni a los arcángeles, ni a los principados, ni a ninguna de las cosas que han sido hechas. "Todo está sometido al dominio del Hijo". De modo que, como además nos dice el Evangelio, es Señor de los ángeles, "entonces le dejó el diablo y los ángeles se acercaron y le servían". No dice que le ayudaban, sino que le servían, indicando con esto el oficio de esclavos.

Y cuando se determinó a nacer de una Virgen, fue entonces el ángel Gabriel, cuyo honor le fue reservado por su propia dignidad, para que sirviese. Cuando tuvo que huir a Egipto para deshacer las falsas divinidades, de nuevo se le aparece en sueños un ángel a José. Cuando después de crucificado resucitó, el ángel lo anunció, y semejante a un criado puntual, dijo a las mujeres: "Marchad y decid a los discípulos que ha resucitado y que os precederá a Galilea; esto es lo que tengo que deciros". Como si dijese: "No me he olvidado del mandato, y os reafirmo que esta es la orden que he recibido y que os hago cargo para que si no la cumplís no sea culpa mía, sino vuestra.

Este es, pues, aquel mismo Señor Jesucristo a quien se refieren las palabras que acabamos de leer y que son las siguientes: "Aunque se hable de muchos dioses, sea en el cielo, sea en la tierra, para nosotros no hay más que un Dios Padre de quien todo procede y para quien somos nosotros; y un solo Señor Jesucristo, por quien todo ha sido hecho, aun nosotros mismos".

11. Jesucristo es llamado así, con doble vocablo: *Jesús*, porque da la salvación, y *Cristo*, porque es sacerdote. Tales son los dos títulos que Moisés, por una inspiración divina, dio a aquellos dos hombres eminentemente virtuosos, al designar a Auses por sucesor suyo en el mando, y cambiándole el nombre por el de Jesús; y a su mismo hermano Aarón llamábale *Cristo*, para que por medio de estos dos eximios varones se representasen para lo futuro unidas estas dos desigualdades de Rey y de Pontífice en un solo Jesucristo. Pues Cristo, al igual que Aarón, es Sumo Pontífice, no porque El se lo haya apropiado, sino porque lo ha recibido de Aquél que le dijo: "Tú eres sacerdote para siempre, según el

orden de Melquisedec”. Y también de él es figura en muchas cosas aquel Jesús hijo de Nave, pues primeramente comenzó su gobierno sobre el pueblo en el río Jordán, donde después de recibido el bautismo comenzó Jesús su predicación. El hijo de Nave dividió en doce partes la posesión de Israel, y Jesús envió a sus doce apóstoles a predicar el Evangelio a todo el mundo. El hijo de Nave perdonó y salvó a Rahab, la meretriz que había creído. Y Jesús dijo: “Los publicanos y las meretrices os procederán en el reino de Dios”. Al solo ruido de las trompetas, los muros de Jericó se derrumbaron bajo el mando de Jesús, hijo de Nave; y por estas palabras de Jesús “no quedará aquí piedra sobre piedra”, se destruyó el templo de los judíos, que está enfrente de nosotros; y esto no quiere decir que estas palabras sean la causa de su ruina, sino el pecado de los impíos judíos.

12. No hay más que un solo Señor Jesucristo, cuyo nombre ya le vinieron anunciando los profetas, aunque de un modo indirecto, pero claro. Así el profeta Isaías dice: “He aquí que tu Salvador viene trayendo su recompensa”, y Jesús, en la lengua hebrea, significa Salvador; mas la gracia profética ocultó este su verdadero nombre a los ojos de los judíos, previendo el ánimo que habían de tener en la muerte del Señor, para no darles ocasión de anticipar la hora marcada por los decretos eternos. Jesús fue llamado así no por los hombres, sino por el ángel que al venir, no por su propia autoridad, sino mandado por el poder de Dios, le dijo a José: “No temas en recibir a María por mujer tuya, porque lo que en ella ha nacido es obra del Espíritu Santo, y te dará a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús”. Y a continuación da el porqué de ese nombre: “Porque él salvará a su pueblo de sus pecados”. Ahora bien: ¿cómo se puede concebir que uno que todavía no ha nacido tenga ya un pueblo, si no lo hubiera tenido ya antes de nacer? Y esto es lo que de su persona dice el profeta: “Desde el vientre de mi madre me llamó por mi nombre”, porque el ángel había de anunciar antes de nacer que se había de llamar Jesús; y refiriéndose también a las asechanzas de Herodes, dice: “Me ocultó bajo el amparo de su mano”.

13. Así, pues, el nombre de Jesús en hebreo suena lo mismo que *Salvador*, y en la lengua de los griegos significa *el que sana*. Y, en efecto, El es el médico que cura los cuerpos y las almas; pues unas veces sana a los ciegos de su ceguera natural, dándoles ade-

más la salud a sus almas; otras, restituye como médico, el andar a los cojos y a la vez dirige los pasos de los pecadores a la penitencia, como nos los muestra bien en las palabras del paralítico, cuando le dice: “No peques más: toma tu cama y anda”. Y porque la causa de la parálisis del cuerpo había sido el pecado del alma, primero curó el alma y después dio la salud al cuerpo. Así que, si alguno está enfermo del alma por causa de los pecados, ya sabe que tiene a un médico. Y si tiene poca fe, dígale: Ayuda a mi incredulidad. Que uno se encuentra también enfermo del cuerpo, no desconfíe, sino acérquese (pues eso también lo cura), y entonces conocerá que Jesús es el Cristo.

14. Los judíos admiten fácilmente el nombre de Jesús, pero el de Cristo lo rechazan plenamente. Por eso dice el Apóstol: “¿Quién es mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo?” Porque Cristo es Sumo Sacerdote, cuyo sacerdocio es intransferible de su persona; porque no comenzó a ser sacerdote en el tiempo, ni puede tener sucesor en su pontificado, según lo oísteis en la explicación que hicimos en la sinaxis del domingo sobre las palabras: “Según el orden de Melquisedec”. Y no es que consiguiera el pontificado por herencia corporal, ni que haya sido ungido con el óleo de la tierra, sino que su unción la recibió del Padre antes de todos los siglos; y sacerdote tanto más excelente, cuanto que ha sido hecho con juramento.

Porque los demás son sacerdotes sin haber sido jurados; mas éste sí que lo ha sido por aquél que dice: “Lo juró el Señor y no se arrepentirá”.

La voluntad de su Padre era más que suficiente para garantizar la perpetuidad de su dignidad; pero esta seguridad se duplicó al juntarse a la voluntad el juramento, para que por medio de estas dos cosas inmutables, por las cuales es imposible que Dios pueda mentir, tuviésemos firme consolación en la fe, nosotros que hemos reconocido a Cristo Jesús Hijo de Dios.

15. Cuando vino Cristo, los judíos le desecharon, recibiendo en cambio a los demonios. Pero esto no lo ignoraba el Patriarca David cuando decía: “He preparado una lámpara a mi Cristo”. Y esto de la lámpara unos lo han interpretado acerca de la claridad de la profecía; otros han entendido por lámpara la carne que tomó de la Virgen, según aquello que dice el Apóstol: “Llevamos este tesoro en vasos de barro”. Tampoco lo desconocía aquel profeta

(Amós) cuando decía: “Anunciando a los hombres su Cristo”. Conociéronle también Moisés, Isaías, Jeremías y todos los demás profetas; aun los demonios llegaron a conocerle, pues se dice: “Les reprendía y no les dejaba hablar, porque sabían que él era el Cristo”. Y mientras los demonios estaban publicando, los príncipes de los sacerdotes, no lo sabían. Estos le ignoraban, y la pobre mujer samaritana le predicaba, diciendo: “Venid y ved a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿acaso no será este el Cristo?”

16. Este Jesucristo es el que ha venido como Pontífice de los bienes futuros, que por la magnificencia de su divinidad nos ha hecho a todos participantes de su nombre. Porque los reyes de la tierra no comunican a sus súbditos su título de regia dignidad; mas Jesucristo, con ser Hijo de Dios, se ha dignado darnos el nombre de cristianos. Pero quizás diga alguno: el nombre de cristiano es cosa nueva y desconocida antes de la venida de Jesucristo, y todo lo que es nuevo está sujeto a contradicción, por esa misma novedad; mas esto ya lo tuvo en cuenta el profeta cuando dijo: “A los que me sirvan les será impuesto un nombre nuevo que será bendito sobre la tierra”. Preguntemos a los judíos: ¿Servís al Señor, o no? Mostradme, pues, vuestro nombre nuevo. Porque desde el tiempo de Moisés y de los demás profetas y aun después de la vuelta de Babilonia hasta nuestros días, os seguís llamando judíos e israelitas; ¿dónde está, pues, vuestro nombre nuevo? Nosotros, desde que servimos al Señor, tenemos un nombre nuevo que será bendito sobre la tierra, y que toda ella será arrebatada por él. Los judíos están confinados a los límites de una sola región, mas los cristianos se hallan propagados por todos los ámbitos de la tierra y anunciando el nombre del Unigénito Hijo de Dios.

17. ¿Quieres saber cómo los apóstoles han conocido y predicado el nombre de Cristo llevándole en sí mismos? San Pablo decía a sus oyentes: “¿Acaso buscáis una prueba de Cristo que habla en mí?” Y anunciando Pablo al mismo Cristo, decía: “No nos predicamos a nosotros mismos, sino al Señor Jesucristo; pues nosotros somos siervos vuestros por Jesucristo”. ¿Y quién es el que dice eso? El que antes era perseguidor. ¡Oh grandísimo milagro! El que antes perseguía a Cristo ahora le anuncia. ¿Y por qué motivo? ¿Acaso por dinero? Esto nadie se lo podía prometer. ¿Acaso por reverencia y honor al que se le había aparecido? Este

ya se había ido al cielo. De modo que él había salido para perseguir, y después de tres días se convierte en predicador el que era perseguidor. ¿Y esto, en virtud de qué? Otros suelen aducir testigos familiares para sus cosas, mas yo te traigo uno que antes había sido enemigo, ¿y dudas aún? Grande es el testimonio de Pedro y de Juan, pero quizá pudiera parecer algo sospechoso, porque eran familiares de Cristo. Mas cuando el que al principio era enemigo y después por la misma causa arrostra la muerte, ¿qué lugar puede haber a dudas?

18. Mientras hablamos de esto, podemos, a la vez, admirar la gran prudencia del Espíritu Santo al hacer que todos los demás apóstoles escribiesen muy pocas epístolas, mas a Pablo le inspiró a que dejase catorce, a pesar de haber sido antes perseguidor. Pues a Pedro y a Juan no les restringió la gracia como si fuesen menores que él, sino que le permitió escribir mucho a aquel que había sido enemigo y perseguidor, para que resultase una autoridad indudable de la doctrina, y para que, por ese mismo motivo, nosotros tuviésemos una fe cierta y segura. Todos se quedaban pasmados de Pablo y decían: “¿No es éste el que antes era perseguidor? ¿Acaso no venía para llevarnos a todos presos a Jerusalén?” Y Pablo decía: “No os admiréis, pues yo sé que es inútil dar coces contra el aguijón, y veo que no soy digno de llamarme Apóstol, porque aunque ignorándolo he perseguido a la Iglesia de Dios. Yo creía que la predicación de Cristo era la destrucción de la Ley, y no sabía que El había venido más bien para cumplir la Ley que para destruirla; mas la gracia de Dios sobreabundó en mí.

19. Queridos míos, muchos son los testimonios verdaderos que nos quedan acerca de Cristo. Dio testimonio el Padre desde el cielo, y lo dio también el Espíritu Santo al descender sobre él corporalmente en figura de paloma; testificó el arcángel Gabriel al anunciar a María; testificó la Virgen, Madre de Dios, y hasta el mismo dichoso lugar del pesebre dio también testimonio.

El Egipto es, asimismo, testigo cuando recibió al Señor, siendo pequeño infante; testigo el anciano Simeón, cuando al recibirle en sus brazos dijo: “Ya puedes dejar morir a tu siervo en paz, según tu promesa, porque mis ojos han visto a tu Salvador que has preparado para todos los pueblos”. Y Ana, la profetisa, religiosísima viuda, que llevaba una vida austera, dio igual testimonio de El. Testigo es Juan Bautista, el mayor de los profetas y príncipe del Nuevo Testa-

mento, y que junta en sí a ambos Testamentos; testigos son, entre los ríos, el Jordán, y entre los mares, el de Tiberiades; testigos los ciegos, los cojos y los muertos resucitados. Testimonio dieron hasta los demonios cuando decían: “¿Qué tenemos que ver contigo, Jesús?; sabemos quién eres, el Santo Dios” Testigos son los vientos refrenados por su imperio, y los cinco panes multiplicados para cinco mil hombres; testigo es también el santo madero de la cruz, que aun se ve en nuestros días y que ya llena casi todo el orbe por aquellos que, impelidos por la fe, cogen trozos de él. Testigos son las palmas de este valle, que suministraron ramos en otro tiempo a los niños para celebrar a Cristo; testigo Getsemaní, que aún está demostrando a Judas, para los que lo saben; y este santo monte Gólgota que se destaca sobre todos los demás, da testimonio al hacerse visible; así como testigo también las puertas por donde entró, de las cuales dice el salmista: “Coged y levantad vuestras puertas, oh príncipes de la paz, para que entre el rey de la gloria”. Los que antes eran enemigos ahora son testigos; de los cuales uno es Pablo, que habiendo sido perseguidor durante poco tiempo, se convirtió en defensor para siempre. Testimonio dieron también los apóstoles, y no sólo con las palabras, sino con los tormentos y con la misma muerte. Testimonio daba la sombra de Pedro, que en el nombre de Cristo curaba a los enfermos; y asimismo, los pañuelos de Pablo, que en virtud de Cristo igualmente hacían curaciones. Testigos son los persas, los godos y todos los convertidos del paganismo que no dudan en arrostrar la muerte por Aquel a quien no vieron con sus ojos corporales. Testigos son, finalmente, los demonios, que por el ministerio de los fieles, aun en nuestros días son arrojados.

20. Habiendo, pues, probado la existencia de Cristo con tantos, tan numerosos y tan variados testimonios, ¿aún habrá lugar a que se dude de El? Los que hasta ahora no han creído, crean en adelante; y los que ya creen, adquieran con ello más firmeza en su fe, y creyendo en Nuestro Señor Jesucristo, acuérdesse de quién lleva el nombre. ¿Te llamas cristiano? Pues da honor a este nombre; no sea que por tu causa sea blasfemado Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios; y tus buenas obras aparezcan delante de los hombres, a fin de que los que las vean glorifiquen al Padre celestial en Cristo Jesús, a quien es debida la gloria ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

AMEN.

CATEQUESIS UNDECIMA A LOS ILUMINANDOS

Del Unigénito de Dios

Sobre las palabras: “Hijo Unigénito de Dios, nacido del Padre, Dios verdadero antes de todos los siglos; por quien todo fue hecho.

1. Con todo lo que ayer dijimos está suficientemente explicado, en cuanto nos es posible, que esperamos en Jesucristo Nuestro Señor. Mas no se ha de creer vulgar y sencillamente en Jesucristo, ni se le ha de tomar como uno de tantos que impropriamente se han llamado Cristos. Porque éstos eran tipos y como figuras de Cristo; mas éste es el Cristo verdadero; el cual no fue escogido entre los hombres y elevado al sacerdocio, sino que recibió esta dignidad de su eterno Padre. Y por esto, precaviéndonos la fe para que no tomemos a Cristo como uno de tantos otros, nos obliga a decir: *Y en un Señor Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios.*

2. Y cuando oyes que es Hijo, no pienses que es adoptivo, sino natural y Unigénito, sin tener otros hermanos. Pues le llamamos precisamente Unigénito porque en su dignidad de Dios y como nacido del Padre, no puede tener ningún hermano. Le llamamos Hijo de Dios, no por nosotros mismos, sino porque el Padre le ha dado a Cristo ese nombre de Hijo; y es verdadero nombre aquel que los padres imponen a los hijos.

3. Al revestirse Nuestro Señor Jesucristo de la naturaleza humana, era desconocido para muchos, y queriendo El enseñar a los hombres lo que ignoraban, reuniendo a sus discípulos les pre-

guntaba: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre”? Y esto lo decía, no buscando un motivo de vanagloria, sino deseando declararles la verdad, y para que, ya que vivían juntamente con el Hijo de Dios, no le mirasen como un hombre igual que los demás. Y al responderle ellos: “Unos que Elías y otros que Jeremías”, les dice a ellos: “Estos que no lo saben son dignos de perdón; mas vosotros, apóstoles, que habéis limpiado a los leprosos en mi nombre, que habéis arrojado a los demonios y hasta habéis resucitado a los muertos, no debéis ignorar por quién habéis hecho estos prodigios”. Y al permanecer todos callados (pues ello superaba a todas las fuerzas humanas), adelantándose Pedro, príncipe de los apóstoles y supremo predicador de la Iglesia, no con palabras por él inventadas, ni usando de otros racionios humanos, sino inspirados por una luz del Padre, le dice: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*. Y al momento viene la promesa de la bienaventuranza (pues esto era superior a todo humano pensamiento) y la declaración de que había sido el Padre quien se lo había revelado; y así le dijo el Salvador: “Dichoso eres, Simón, hijo de Jonás, porque lo que has dicho no te lo han revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos”.

Así, pues, todo el que reconoce a Nuestro Señor Jesucristo como Hijo de Dios, se hace participante de la bienaventuranza; mas el que le niega, se queda infeliz y miserable.

4. Cuando oigas de nuevo decir *Hijo*, no pienses que se le llama así de un modo impropio, sino porque es verdadero hijo natural, y sin conocer principio; que tampoco ascendió de la servidumbre al grado de adopción, sino que es Hijo con generación eterna e incomprensible. E igualmente cuando oigas Primogénito, no lo juzgues al estilo humano, pues entre los hombres, los primogénitos suelen tener otros hermanos; y así se dice: “Mi hijo primogénito es Israel”. Pues así como Rubén fue depuesto del honor de primogénito por haber manchado el lecho de su padre, y en su lugar fue puesto Israel, así también éste crucificó al Hijo mandado por el Padre, después de haberle arrojado de la viña. De otros dice la Escritura: “Hijos sois del Dios vuestro”. Y en otra parte: “Yo dije dioses sois, e hijos del Altísimo todos”. Fijaos que pone: *dije*, no *engendré*; y así aquéllos, por la palabra de Dios, recibieron la adopción que no tenían; mas éste no es ahora lo que antes

no era, sino que como Hijo del Padre, nació desde el principio, existiendo antes de todos los siglos, semejante en todo a su engendrador, eterno del eterno Padre, vida engendrada de la vida, luz de luz, verdad de verdad, sabiduría de sabiduría, rey de rey, Dios de Dios y potestad de potestad.

5. Cuando oigas el Evangelio que dice: “Libro de la generación de Jesucristo, Hijo de David, Hijo de Abrahán”, entiende que se trata de su genealogía en cuanto a la carne. Porque ciertamente es hijo de David a través de los siglos; pero Hijo de Dios antes de todos los siglos y sin principio. Y aquello que no tenía lo tomó, mas lo que tiene lo tuvo del Padre desde que fue engendrado. Tiene dos padres: uno, según la carne, que es David, y otro, según la divinidad, que es el Padre eterno. En cuanto que es hijo de David, está sometido al tiempo y se puede hacer la genealogía de su prosapia; mas en cuanto a lo que respecta a la divinidad, ni está sujeto ni a lugar, ni a familia que se pueda enumerar. Porque su generación, ¿quién la podrá contar? Dios es espíritu; ahora bien, el que es espíritu, tiene que engendrar de un modo espiritual e inenarrable. El mismo Hijo dice del Padre: “El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo, hoy te engendro”. Y ese hoy no es reciente, sino eterno; es un hoy que no conoce el tiempo, y antes de todos los siglos. “Antes que saliera el astro de la mañana te engendré”.

INDICE

	Páginas
Introducción	3
Catequesis preliminar	9
I. Invitación al Bautismo	19
II. De la Penitencia	23
III. Del Bautismo y sus efectos	33
IV. Compendio de la Doctrina Cristiana	43
V. De la Fe y del Símbolo	61
VI. De la Grandeza y Unidad de Dios	69
VII. De Dios Padre	77
VIII. De la Providencia y Omnipotencia de Dios	81
IX. De Dios Creador	85
X. De Jesucristo Nuestro Señor	93
XI. Del Unigénito de Dios	105